

URQUIJO, Mikel, *Pilar Careaga, la alcaldesa de Franco*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2025, 254 pp.

Mikel Urquijo viene investigando desde hace más de tres décadas en el análisis prosopográfico de las élites políticas del Estado español o de las instituciones vascas. Precisamente como continuación de un trabajo suyo, publicado en el libro colectivo titulado *Bilbao desde sus alcaldes* del año 2008, ahora nos ofrece la biografía completa de uno de éstos: la de la franquista Pilar Careaga Basabe. Y es que lo que analiza en este trabajo es la trayectoria política de una figura peculiar: la primera mujer que obtuvo el título de ingeniera en España y la única alcaldesa que tuvo una capital de provincia del país bajo la dictadura de Franco. Para esta descripción del personaje, Urquijo se apoya en la consulta de los materiales conservados en 28 archivos y centros de documentación y en la de 70 publicaciones periódicas locales y nacionales, resultando de especial interés su investigación en el propio archivo privado de Pilar Careaga, comprado y donado al ayuntamiento bilbaíno por una fundación privada.

El libro se inicia con un primer capítulo en el que se cuenta los orígenes familiares de la biografiada, el de los grandes apellidos del Bilbao del mundo de los negocios y la industria, concentrado en el llamado barrio de Neguri en el cercano municipio de Getxo, aunque ella nació en Madrid en 1908. Estas «buenas familias» formaban un entorno social marcadamente endogámico y no solo compartían presencia en los principales consejos de administración de la industria y el negocio bancario vasco, sino que además tenían sus propios y exclusivos espacios de sociabilidad para el ocio o las aficiones deportivas. Quizá el mejor signo externo de la desahogada posición económica de la familia Careaga Basabe era lo que compartía con otras burguesías del Estado: el alto número de sirvientes que aparecían empadronados en el domicilio familiar: un total de ocho. Fueron familias que formaron una clara oligarquía política —los «condes siderúrgicos» en palabras de Unamuno— componente fundamental de lo que Tuñón de Lara, en su momento, llamó el «bloque de poder» de la Restauración monárquica, junto a los industriales catalanes y los terratenientes castellanos y andaluces.

En este entorno social y económico fue en el que Pilar Careaga dio sus primeros pasos políticos, una vez obtuvo el título de ingeniera y ya con una desahogada posición económica heredada, porque antes de cumplir los veinte años había recibido bienes por valor de más ochocientas mil pesetas, que al cambio actual supondrían unos veinte millones de euros (p. 45).

Fue al comienzo de la Segunda República, en 1931, cuando Pilar Careaga ya aparece participando en los actos públicos que promueven las organizaciones derechistas recién constituidas. Dos años después, una vez clarificado el mapa político de estas entidades antirrepublicanas, Careaga no dudó en adherirse a Renovación Española, el partido que recogía a los seguidores del monarquismo alfonsino

y que desde sus orígenes estarían presente en las tramas golpistas que culminaron en el golpe militar de 1936. La propia Pilar Careaga no dudó en hacer apología de esta conducta con conferencias de títulos inequívocos: «Circunstancias, requisitos y condiciones para hacer viable el golpe de Estado» (p. 59).

Convocadas las segundas elecciones generales en noviembre de 1933, nuestro personaje no dudó en participar en la campaña que organizaron las derechas para obtener la victoria. Se sumaba así a lo que era entonces una auténtica novedad: la gran movilización de las mujeres conservadoras en un proceso electoral. Ganaron los radicales y la derecha católica de la CEDA, pero el fracaso de sus gobiernos hizo que el Presidente de la República decidiera poner fin a la legislatura y convocar nuevas elecciones para principios de 1936. Como es sabido, la victoria fue para las izquierdas del Frente Popular, lo que hizo que Pilar Careaga se sumara a la conspiración que pretendía derribar al gobierno legalmente constituido. Por este motivo, cuando se produjo la sublevación militar fue inmediatamente detenida por las autoridades bilbaínas leales a la República.

No estaría mucho tiempo en la cárcel porque en octubre de 1936 fue incluida en un canje de mujeres prisioneras en Bilbao por otras mujeres vascas encarceladas en la zona sublevada. Y así, tras su liberación, Careaga se puso al servicio de los militares golpistas, colaborando con la Delegación de Asistencia a los Frentes y Hospitales de Falange.

Con la victoria de los «nacionales», como bien escribe Mikel Urquijo, nuestro personaje se convierte en una «franquista entusiasta» (p. 70). A su profundo nacionalismo reaccionario español y a su visión tradicional del catolicismo, a partir de 1939 se unió una lealtad incondicional a Franco. Por estas convicciones, la apertura que abrió en el mundo católico el Concilio Vaticano II, fue un golpe demoledor para ella, como ha quedado de manifiesto en su correspondencia privada citada en el libro. Sin embargo, su lealtad a la dictadura franquista siguió intacta, de aquí que, por ejemplo, tuviera una activa implicación en la campaña del referéndum de la Ley Orgánica del Estado de 1966. En la misma, en una carta privada que se cita en el libro, no solo criticó lo que llamaba la «propaganda separatista», sino también al clero vasco, al que acusaba de predicar «la abstención casa por casa, en los púlpitos... y hasta en los confesionarios» (p. 85). Pero donde dejó más al descubierto la concepción tradicional que tenía de la familia y la mujer fue al año siguiente, en 1967, cuando la propuesta que se le hizo para ser consejera nacional del Movimiento no salió adelante porque su marido no le quiso otorgar la licencia marital prevista en la legislación franquista (p. 87).

Sí se la dio, por lo visto, cuando se le ofreció el cargo político más importante de su vida: la alcaldía de Bilbao en 1969. Entraba en una institución local que tenía un presupuesto limitado e importantes carencias de infraestructuras. Pilar Careaga gestionó el ayuntamiento con un sistema clientelar característico de otros tiempos, basado en las recomendaciones que le llegaban, tanto para los

puestos en el consistorio como para las empresas privadas locales. En el libro se ofrecen ejemplos más que notorios.

Así se llegó a la crisis final de la dictadura y a la división de sus partidarios entre «inmovilistas» y «aperturistas». De acuerdo con sus ideales, Careaga siempre se situó con los primeros, porque ya entonces también estaba vinculada a la extrema derecha que encarnaba Fuerza Nueva a través de la sociedad que editaba esta revista. Con su gestión municipal sometida a fuertes críticas, dimitió de la alcaldía en el verano de 1975, pocos meses antes de la muerte de Franco. Ya retirada de la primera línea de la política, en 1979 sería víctima de un atentado de ETA, lo que hizo que abandonara su residencia en Neguri para establecerse en Madrid, donde moriría en 1993.

Como concluye Mikel Urquijo, fue «una mujer moderna con un discurso antiguo». De aquí el interés de esta biografía, realizada siguiendo el modelo metodológico que Giovanni Levi llama de «biografía y contexto», que es aquel en el que el personaje es importante, pero también lo es el medio en el que vive, que aquí queda perfectamente descrito.

*Diego Caro Cancela*